

Capítulo X

Bautista

IXTAOLZÍN comprendió que ningún campo más vasto y propicio para sus trabajos podría presentársele, y guiado por Bautista se trasladó á Tezcoco.

El sacerdote había ganado por completo la voluntad de su lazarillo.

Tratábale bien y halagaba su pasión favorita, la del dinero, cediéndole cuanto de limosna colectaban y aun algo más, con grande asombro del muchacho, que no sabía de dónde sacaba el ciego tantas monedas.

Sabido por Ixtaolzin el nombre del padre de Bautista, y conociendo que le dominaba la ambición, le fingió una historia que acabó de hacerle enteramente suyo.

Según la fingida historia, Ozomatli, que así le dijeron haberse llamado el dicho padre de Bautista, había sido en un tiempo grande amigo de Ixtaolzin.

Ozomatli no fué, como se creía, tlaxcalteca, sino mexicano, y gozó de gran favor en la corte de Moctezuma hasta que una acumulación de intrigas de que le hicieron víctima los señores de la corte, envidiosos de sus cualidades y valor, le obligaron á evitar la muerte que traidoramente había de dárselo, huyendo á la República de Tlaxcala, cuyos magistrados, justos apreciadores de sus méritos y convencidos de su fidelidad, le honraron y distinguieron en sumo grado.

Ozomatli había sido un guerrero noble y rico, poseedor de muchas tierras y bienes que le fueron confiscados cuando se pasó á los tlaxcaltecas y con ellos hizo la guerra al imperio.

Ixtaolzin concluyó su cuento ofreciendo á Bautista devolverle aquellas tierras y bienes, el día en que, vueltas las cosas á su antiguo régimen, los españoles fuesen arrojados del país.

Bautista no creyó que esto fuese muy hacedero, pero se contentó con alimentar aquella esperanza, por más remota que le pareciese.

Ixtaolzin perfeccionó de tal modo y por tales artes su disfraz de mendigo, que nadie pudo reconocerle, ni aun aquellos que más habíanle tratado, y más de una vez estuvo al lado y en plática con su antiguo príncipe Tezomotli sin que éste sospechase que bajo aquellos andrajos vivía aun su viejo é implacable enemigo.

Otro tanto le sucedió con la hermosa María, la por él aborrecida Xochitl, que continuaba viviendo tranquila y feliz con su marido Gonzalo de Alba.

El hijo de estos esposos, el niño, aquel que tanto había querido Ixtaolzin durante el tiempo que de la criatura estuvo apoderado; había crecido sano, robusto y her-

moso, y muchas veces sus manecitas depositaron limosnas en las del antiguo sacerdote, que se estremecía de un modo extraño siempre que llegaban á sus oídos las voces del pequeñuelo.

Las monedas que éste le daba, nunca las cedió á Bautista, y siempre las guardaba para sí, con cierto cariño que no pasó desapercibido para el lazarillo.

—¿Quieres mucho á ese niño?—le preguntó una vez.

—Sí, le quiero; ¿á qué negártelo si no puedo ocultármelo á mí mismo?

Pero si estás agradecido á lo que por tí hago, si quieres que algún día pueda devolvarte los bienes y quizá la posición de tu padre Ozomatli, no le descubras á nadie mi debilidad y menos que á nadie á los padres y parientes de ese niño.

—Pues qué ¿acaso los conoces?

—Mucho, la madre es hija de un noble guerrero mexicano que fué grande y querido amigo mío.

—A lo que veo, tú que tan miserable pareces, fuiste en tiempo de nuestros reyes gran personaje: ¿por qué no me dices quién has sido y quién eres?

—Bautista, nada me preguntes, porque hoy por hoy nada puedo decirte.

Quizás algún día te descubriré mis secretos: al presente eres demasiado joven para que yo deba hacerte confianza alguna.

Si te diré que no has de tener motivo para arrepentirte de lo bien que me sirves y de la fidelidad que me guardas.

Pero lo repito, á nadie, absolutamente á nadie comuniques tus sospechas, ni mis misteriosas respuestas.

Me perderías sin ganar cosa alguna.

En esta especie de explicaciones tuvo que entrar Ixtaolzín porque inútil, como por efecto de su ceguera estaba, para moverse por sí solo, no pudo impedir que Bautista se enterase de más de una entrevista que mantuvo y continuaba teniendo con ciertos caciques de pueblos de naturales que con gran reserva y precauciones acudían al viejo sacerdote á conferenciar con él.

Ixtaolzín no meditaba en menos que en una rebelión general de los naturales contra los españoles.

Bautista lo averiguó y no ocultó su alarma á Ixtaolzín.

—Nada temas,—le respondió éste,—sólo cuando estemos muy seguros del triunfo de nuestra causa apelaremos á las armas.

Además, para calmar por completo tus escrúpulos, te diré que hoy por hoy contamos con los mismos españoles.

—No te entiendo ¿entonces contra quiénes vamos á combatir?

—Contra los que abusan de nuestros infelices compatriotas, esclavizándolos y maltratándolos como diariamente vemos.

—¿Y á evitarlo nos van á ayudar los españoles? ¿qué españoles?

—Los que á su vez son víctimas de los hombres que gobiernan: entre ellos el mismo Hernán Cortés.

—¡El conquistador de esta tierra! ¿eso no es creíble!

—¿Por qué no, cuando todos sabemos como le injurian, desacreditan y persiguen los mismos que más se han beneficiado con su conquista?

Pero de nuevo te lo digo: mira, escucha y calla, y sé prudente, si no quieres perderme sin ganar cosa alguna tú.

Bautista obedeció sin dificultad.

Y no sólo no trató jamás Bautista de oponerse en nada al mendigo José, sino que antes bien procuró ayudar al éxito de sus proyectos, proporcionándole noticias adquiridas por medio del más hábil espionaje.

En una ocasión Bautista dijo á Ixtaolzín:

—Te traigo una noticia importante.

—¿Cuál es ella?

—Respóndeme tú primero.

—Pregunta.

—¿Son enemigos temibles unos españoles á quienes llaman los Ponce de León?

—Para nosotros no lo son,—respondió Ixtaolzín,—pues entiendo que son partidarios de Cortés, y que crezca el partido de éste y al de la Audiencia se sobreponga, es lo que por hoy nos conviene.

¿Pero por qué me lo preguntas?

—Porque si en efecto son buenos amigos nuestros, podemos hacerles un servicio que nos los conquiste por entero.

—¿De qué se trata?

—Se trata nada menos que de ahorcarlos.

—Mucho es eso, ¿y con qué motivo?

—Con el de aplicarles el castigo que merecen por secuestradores de una hija de un bribón que ha hecho á nuestros compatriotas más daño que todos nuestros enemigos juntos.

—Por esas señas, no me cabe duda de que te refieres á García del Pilar.

—Justamente, á él me refiero.

—¿Pero cómo has sabido...?

—Voy á deciroslo:

Queriendo aprovechar bien el tiempo de libertad que hoy me diste, fui á la taberna que los españoles tienen á la salida del pueblo y en la cual venden ese excelente vino que de sus tierras traen y que á mí tanto me gusta.

—Ya te tengo dicho,—interrumpió Ixtaolzín, que tu afición á esos terribles licores embriagantes puede originarte cualquier día una desgracia.

—Porque no he olvidado tus consejos, me contenté con un pequeño jarro que contendría poco más de dos vasos.

—¿Y eso te parece poco?

—Escucha y no me interrumpas.

Tomé mi jarro, y como de costumbre corrí á esconderme con él en el *tapanco* en que el tabernero guarda los barriles vacíos, cuyo tapanco está en la más oscura pieza, por cuya razón, sólo cuando encienden las luces suelen ocuparlas los parroquianos.

No sucedió así hoy, y lejos de pasármela solo como de costumbre tuve por compañeros, aunque sin que supiesen que yo era suyo, á ese García del Pilar y un señor que llaman Jerónimo Ruiz.

—¿Uno de los alcaldes?

—Justo: está visto que tú todo lo sabes.

—Prosigue.

—A ello voy.

Jerónimo Ruiz dijo á Pilar que allí podrían hablar sin ser escuchados ni molestados por nadie, y hablaron en efecto.

—¿De qué?

—Ya te lo he dicho, de la conveniencia de hacer ahorcar á los Ponce de León.

Creer que los Ponce se apoderaron hace algún tiempo

de una hija de García del Pilar para vengarse en ella de la parte que Pilar tomó en procurar la deshonra de una su hermana.

—¿De los Ponce?

—Sí, de los Ponce, y será de esto lo que sea, pero en cuanto á que los Ponce hayan sidó los secuestradores, engañados están de medio á medio.

—¿Tú qué sabes?

—Voy decírtelo: y dejando por ahora y para más tarde referirte lo que Pilar y Jerónimo Ruiz conversaron, paso á lo más importante, que es lo siguiente:

Cuando uno y otro acabaron de hablar y juzgaron prudente retirarse, mis ojos, hechos ya á la oscuridad vieron con grandísima sorpresa, que de uno de los vacíos barriles salía un hombre de la más mala catadura.

Comprendí que pues el tal hombre así habíase ocultado, sin duda le importaba no ser visto por nadie y que si á enterarse llegaba de mi presencia, podría costarme caro.

Estúveme, pues, quieto é inmóvil como un muerto, y observé.

También mi hombre observó la puerta por la cual Pilar y Ruiz habían salido, y cuando se aseguró de que se habían alejado se descolgó del tapanco, diciendo:

—«Se ha portado como un caballero: con esos informes seguro estoy de que no dará conmigo D. Felipe de Mendoza.»

Dicho esto salió del oscuro cuarto.

Francamente lo digo.

En los primeros momentos no supe qué sería lo que me conviniese hacer.

La facha patibularia de aquel hombre me había infundido miedo.

Me vencí, no obstante á mí mismo, y apurando de un sólo trago el generoso vino, sentí correr por mis venas un agradable calor y dejé mi escondite y salí á la sala.

Mi hombre estaba aún allí, hablando en secreto con el tabernero.

Esperé un rato. Al fin se despidió y tomó la puerta, y yo tras él.

Pronto uno y otro la dejamos bien lejos de nuestras espaldas, pues él por delante y yo en pos de él, caminamos largo rato en línea recta.

Capítulo XI

El hombre de la mala traza

DRONTO dejamos las últimas casas de la ciudad, continuó diciendo Bautista — y salimos á campo abierto.

Tuve que seguir á mi hombre á una regular distancia, á fin de no darle á notar que por mí era seguido.

Conseguí mi objeto fácilmente, pues el habitante del tonel vacío, preocupado, sin duda, no llegó á volver hacia atrás su vista ni una sola vez.

De pronto, cambiando de dirección, atravesó un extenso campo de maíz y cortó para el bosque que cubre la falda del cerro.

Listo hube de andar para que no se me perdiera entre los árboles, pero logré no perderle la pista, y al fin le ví entrar en un pobrisimo jacal formado en torno de un corpulento cedro que le sombreaba y servía de sostén.

Con la destreza que en esta clase de ejercicios tengo adquirida, trepé por las ramas á la copa del árbol y tomé mi puesto en la horquilla ó pescante de uno de los robustos brazos del gigantesco cedro.

En el momento en que, como voy diciendo, trepaba yo á mi puesto, oí la voz del hombre de la mala traza que decía á otro personaje que habitaba el jacal, cuyo interior yo no pude ver.

—Despiértate, holgazana; toda la vida te la pasas durmiendo.

Sin duda aquel canalla había acompañado sus palabras con un puntapié ó cualquiera otro mal trato, porque la persona interpelada lanzó un grito de dolor, replicando:

—¡Ah! ¡por piedad no me maltratéis mas! no es que duermo, es que los dolores que sufro me tienen en constante desmayo.

—¡En desmayo! ¡Bah! ¡dejarías de ser mujer si no supieras abusar de los desmayos!

Pero en fin, poco me importa que te des ese inocente gusto femenil.

Lo que yo deseo saber es si ya lo has pensado bien, como te lo tengo encargado, si me amas por fin ó no me amas.

—Ya lo sabéis,—contestó la misma y dolorida voz;—no sólo no puedo amaros, sino que os aborrezco.

—Sí, verdad es que eso me dices siempre; pero nunca pierdo la esperanza de que cambies de modo de pensar y me otorgues de buen grado el cariño que yo me he propuesto no tomar de tí á la fuerza.

Qué quieres; es un capricho.

Nunca he tenido á mi alcance una señorita tan prin-

cipal como tú, y deseo saber cómo es que aman las damas de tu clase.

Lo más fácil me sería hacer de ti lo que mejor me diese la gana, pues eres una niña sin medios de defensa y ni huir podrías de mí, amarrada como estás á ese tronco; pero lo repito, quiero que tú me ames por tu propia voluntad.

—Pues ved de modo de matarme cuanto antes, porque eso es un absurdo, un imposible.

—¿Y por qué ha de serlo, alma mía?

¿Porque soy un burdo, ignorante, infeliz plebeyo?

¿Pero eso qué importa si te amo ni más ni menos que si fuese un gran señor?

Vamos, condesa, no seas tan esquiva y dime al fin que me amas.

—¡Oh! no os acerquéis á mí,—replicó con terror la joven,—¡me causáis espanto!

—Bueno; no me acercaré, pero en mi lugar se acercará á ti ese látigo que al fin te tornará blanda y humana.

—¡Oh! ¡por compasión, por compasión, no me peguéis más!

—Sea; suspendo el latigazo sola y únicamente para convencerte de que tus menores deseos son órdenes para mí, como dicen los galanes á sus damas.

Pero en cambio dime tú que ya me quieres.

—¿Cómo he de decíroslo si aun suponiendo que no me trataseis tan cruelmente como me tratáis, vuestras amenazas horribles me apartarán de vos?

—Pero, alma mía; no he visto en verdad entendimiento más estúpido que el tuyo.

¿Crees tú que yo te maltrataría como te maltrato si

hubiese otro recurso para conmovier tu empedernido corazón?

Ya me ves, soy feo, ordinario, carezco de educación, no tengo mérito de ninguna especie.

Por eso te pego y maltrato con la esperanza de que por tal de librarte de mis golpes y mal trato, ablandarás tu corazón y me amarás para que no te maltrate más.

Esto es claro como la luz del día, y sólo tú puedes obstinarte en no quererlo entender.

—¡Desventurada de mí!—replicó llorando la joven, ¿cómo es posible que no comprendáis á vuestra vez que yo no puedo hacer más que aborreceros más y más á cada momento?

No, yo no dejaré jamás de odiaros con toda la energía de que puedo ser capaz!

Esto mismo os digo cuantas veces os hablo, con el objeto de irritaros contra mí, y obligaros á que en un acceso de furor me deis la muerte!

¡Oh! sí, no tengáis compasión de mi juventud, no tengáis lástima de mí, matadme, matadme, pero hacedlo de una vez.

Temed á Dios que más ó menos tarde castigará la crueldad con que me tratáis.

No prolonguéis mi suplicio, matadme, ¡matadme de una vez!

—¡Bah! veo que estás loca.

¿Matarte yo?

¿Qué necedad!

¿No-te he dicho ya que además de tener cifrado en tí mi deseo de saber cómo es que aman las señoritas, es pero hacer contigo mi fortuna?

—¡Oh! pues contentaos con solo esta, y yo os prometo

una vez más daros cuantas riquezas podáis ambicionar.

Puedo cumplir mi ofrecimiento.

Bien lo sabéis; mi padre dará cuanto posee por mi rescate.

—Ya lo sé, ya lo sé, cordera: y sólo espero que me concedas el favor que de tu buen juicio confío merecer, para sacar de tu padre esa fortuna que me ofreces y dejarte en libertad.

¿Crees acaso que es para mi agradable vivir en este retiro y en esta humilde y desmantelada cabaña?

¿Crees que ni aun pasándola á tu lado, puede tener encantos la vida que aquí llevo, temiendo á cada instante que me descubran aquellos que me creen muerto, y de ello se duelen y lastiman, no por piedad hacia mí, sino porque de mí no han podido vengarse?

No, nadie como yo desea que esto concluya.

Nadie como yo estaría más feliz y tranquilo lejos de estas maldecidas tierras en que todos me conocen y porque me conocen me aborrecen.

¡Oh! ¿cuándo podré poner entre ellas y yo mucha agua y mucho tiempo?

Pero gracias al demonio á cuyas uñas he de ir á dar yo, todos ignoran que vivo y ninguno sospecha que tú puedas estar entre las mías.

Tu padre, más afortunado que yo, y mas que yo perjudicial al humano linaje, ha sembrado en su vida crímenes y daños tantos que, á semejanza mía, apenas conoce hombre alguno que su enemigo no sea.

A esto debo que, suponiéndome muerto, sospeche que tus secuestradores son ciertos hermanos Ponce de León, por tu padre deshonrados en el cuerpo de una hermana

que ellos en alta estima tenían, y su error me garantiza hoy por hoy de toda persecución.

Ahora bien, si en tus entrañas queda un resto de esa piedad que á mí me niegas, cede, cordera, á mis ruegos; porque si en ceder te retardas y prolongas tu cautiverio, esos pobres Ponce van á ser ahorcados por tu padre en venganza de la supuesta participación que en tu rapto se les atribuye.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡No sale de vuestros labios una palabra que no sea un puñal que en el corazón se me clave!

¡Esos infelices van á pagar culpas que no han cometido!

—¿Y eso te extraña?

Sin embargo nada hay más comun y más viejo en el mundo.

Esas injusticias están en uso desde sus primeros días.

Recuerda que Adán y Eva comieron la primera manzana y que sus descendientes sufrimos las consecuencias de su falta, ni más ni menos que si nosotros la hubiésemos cometido.

Pero lo repito, si quieres verlos libres de la injusta venganza de tu padre, no retardes á mi pasión el premio que ha de volverte tu libertad, porque si tal haces, sin que tú obtengas nada bueno, puede tu resistencia salirles demasiado cara á ellos.

Y en verdad que sería una lástima que tú tan buena y temerosa de Dios como pareces, echases sobre tu conciencia el remordimiento de haber dado lugar á que sean castigados como culpables unos inocentes.

Pero ya tengo la lengua seca de hablar y tengo que volver á la ciudad por provisiones.

Así pues, piénsalo bien y respóndeme.

¿He logrado convencerte?

—¡No mil veces, hombre infame y cruel!—respondió la mujer con voz enérgica y desesperada.

A su respuesta siguió un grito agudo y lastimoso, y á este otro y otro y otros muchos, tantos en fin como latigazos aplicó aquel miserable á su víctima.

Te confieso que cada uno de aquellos gritos me penetró hasta el fondo del alma, sublevándola, y que tentado estuve de desprenderme de la copa del árbol y entrar en el jacal y matar como Dios me diera á entender á aquella inhumana fiera.

¿Mas qué podría yo haber hecho contra el hombre de la mala traza, mil veces más fuerte que yo?

Por fin el verdugo suspendió los golpes, diciendo:

—¡Vaya! basta por ahora, porque el brazo se me cansa más de lo regular.

Quédate, pues, con Dios, y piénsalo bien para cuando yo vuelva, que será antes de la media noche.

La víctima nada contestó: verdad es que sus lágrimas, sus sollozos, y sus gritos de dolor no la permitieron pronunciar palabra.

Yo estúveme quieto, inmóvil como un muerto, en la copa del árbol y no bajé de ella hasta que me creí bastante seguro de que se había alejado el hombre de la mala traza.

Capítulo XII

Las huellas de sangre

BAUTISTA concluyó su relación contando con todos sus pormenores el estado triste y lamentable en que encontró á la víctima del hombre de la mala traza.

Según él la joven, pues era joven y hermosa, y eso nuestros lectores lo saben ya, lejos de creerle en los primeros momentos un salvador que el cielo le deparaba, creyó al muchacho un cómplice de su verdugo.

Pero pudo tranquilizarla y la joven le dió gracias y consintió en huir con Bautista, que desató todas las cuerdas con que amarrada estaba al grueso tronco.

Mas una vez desatada María de Mendoza, pues ella era, vió con terror que no podía ponerse en pié.

La debilidad en que teníanla los martirios había concluido con sus fuerzas.

Bautista la tomó sobre sus espaldas y con su preciosa carga se internó en el bosque tan deprimida como pudo.

Pero antes de hacer esto y con el fin de hacer creer al hombre de la mala traza que María hubiese sido víctima de una desgracia y así librarse de su persecución borrando toda huella, por la cual pudiera seguirlos, prendió fuego á la cabaña ó jacal por todos sus cuatro costados.

A una distancia de mil varas Bautista ya no pudo con su carga y así lo dijo á la joven.

En vano ella quiso andar: le fué de todo punto imposible dar un solo paso más.

Bautista determinó después de convenirlo con ella, dejar á María en el bosque, escondida bajo una especie de bóveda que con gruesas ramas formó, y le recomendó no se moviese de allí, mientras él iba á la ciudad y volvía con gente que le ayudara á completar su obra de salvación.

—¿Quieres tú,—concluyó diciendo Bautista,—tú que eres más fuerte que los más fuertes árboles de nuestras vírgenes selvas, ayudarme á salvar á aquella infeliz?

—Si quiero;—contestó resueltamente Ixtaolzín.

—Pues en tal caso, vamos; conviene aprovechar el tiempo.

Pronto vá á anochecer y si el hombre de la mala traza regresase, por desgracia, al bosque antes de lo que dijo, todo podría perderse.

—Guía pues, y no perdamos ese tiempo.

Bautista se proveyó de algún alimento con que socorrer á María en su debilidad, y guiando al ciego Ixtaolzín tomó á buen paso la dirección del bosque.

Ciego y lazarillo caminaron tan de prisa que pronto estuvieron al lado de la joven, que bendijo su llegada y pudo reponerse algún tanto con los auxilios que ambos le prestaron.

La noche había cerrado completamente, pero el grupo de la joven y sus salvadores aparecía iluminado por el resplandor de las llamas del incendiado bosque.

El fuego prendido por Bautista á la cabaña habíase propagado y eran pasto de él los árboles cercanos.

Bautista vió que aquel accidente podía traerles algún perjuicio, y así lo dijo á Ixtaolzín y á la joven, incitándolos á ponerse en marcha lo más pronto posible.

Hizose así y cuando con mayor fortuna creían ir saliendo del bosque, Bautista detuvo al sacerdote ciego.

—¿Qué ocurre?—preguntó éste.

—¡Silencio y no nos movamos, porque seríamos descubiertos!

A cincuenta pasos de ellos cruzaron el bosque dos hombres cuyas armas brillaron á vista del muchacho, con los reflejos de las llamas.

—¿Cuál puede ser la causa de ese incendio?—preguntó uno de los dos.

—No puedo decirlo, D. Rodrigo,—contestó el otro.

—¿No habrás equivocado el sitio?

—Seguro estoy de que no me he equivocado.

—Entonces, ese miserable ha cometido una nueva atrocidad.

—De todo es capaz, y sin embargo, me resisto á creer que él haya sido quien haya puesto fuego al bosque.

¿Qué ganaría con haber dado muerte á esa infeliz.

Su interés está en conservarla viva para exigir á Pilar un grueso rescate.

A no ser que á fuerza de maltratarla le haya causado la muerte y al verla cadáver haya querido borrar las huellas del crimen prendiendo fuego á estos sitios.

—Quizás sea otra la causa de este incendio.

—¿Cuál?

—La de que nos haya engañado.

—No entiendo.

—Me explicaré. Quizás con anterioridad sacó de aquí á esa mujer, y una vez hecho esto prendió el tal fuego para hacernos creer al no encontrarla, que en las llamas haya muerto.

—Todo es posible, pero os lo repito, ninguna indicación, ni la más mínima, le hice antes de echarme sobre él y herirle tan malamente como lo está.

No sabía, por lo tanto, que yo tuviese interés alguno en libertar á esa mujer.

—Ya, pero, desde el mismo instante en que pudo convencerse de que tú conocías su secreto...

—No lo supo hasta hoy mismo.

Yo mismo no lo supe hasta anoche y por pura casualidad.

Él y Jerónimo Ruiz habían entrado en mi taberna aun con luz de la tarde, y eran pasadas las once de la noche y no daban señales de estar dispuestos á salir.

No quedaban en las salas ni los que por costumbre tienen no marcharse sino cuando yo los echo á la calle á puntapiés y empellones.

Llevado de la curiosidad á dar fui con mis oídos en las rendijas de la puerta, en solicitud del motivo grave que merecía tan interminable conferencia.

Mi curiosidad tenía más de un fundamento.

El hombre que con Jerónimo Ruiz había entrado me era enteramente desconocido, y sin embargo, no sé qué extraño parecimiento le encontré con uno de mis camaradas de oficio.

—¿No me has dicho que él mismo era?

—Sí, pero tan perfectamente disfrazado iba, que en los

primeros instantes estuve lejos de sospechar que él en persona fuera.

Además, habían corrido voces de que el haber tomado parte en la tentativa de asesinato contra Delgadillo concertada por Llerena y Angulo, habíale costado ser muerto, y aun se dijo que su cadáver había parecido entre los escombros de su hospedería.

Otra más: Marcos Colmillo era manco del brazo derecho y el acompañante de Jerónimo Ruiz tenía, como otro hombre cualquiera, sus dos brazos.

Pero volviendo á mi cuento, llegué mis oídos á las rendijas y escuché.

Por poco la echo á perder, porque muy presto pude convencerme de que el desconocido no lo era para mí, y una exclamación de gozo se escapó de mis labios.

Pero distraídos ellos con la conversación nada notaron y pude yo proseguir en mi espionaje.

Los muy canallas convinieron en acusaros á los Ponce de ser los raptores de la hija de Pilar, con objeto de echar sobre vosotros todas las iras del pérfido agente de Delgadillo.

El tal Jerónimo Ruiz, que os aborrece bien, por vida mía, no exigía á Colmillo nada menos que el asesinato de esa infeliz mujer, pues, «quiero, le dijo, exasperar á Pilar de modo que no se detenga en su cólera hasta no dejar vivo un Ponce, ni hombre ni mujer.»

A todo se ofreció Colmillo sin exigir más que el que Jerónimo doblase el precio del asesinato, guardando el más profundo silencio.

Jerónimo Ruiz concedió lo primero con toda largueza, y en cuanto á lo segundo observó que su propio interés estaba en que Pilar nada llegase á saber.

Conviniéron, por último, en que Colmillo asistiría oculto convenientemente á la conversación que al siguiente día, es decir, hoy, tendrían Pilar y Jerónimo Ruiz, y éste adelantando en la taberna á Colmillo.

Al pasar frente á mi mostrador Jerónimo me arrojó cuatro monedas de oro diciéndome:

—Ahí tienes el precio de cuanto ese hombre que dentro queda pida de beber; el valor del aceite que te he hecho gastar con mi presencia en tu casa hasta tan tarde y el alquiler adelantado de ese cuartucho en el cual no dejarás entrar mañana más que á ese hombre que ahí está y á la persona ó personas que conmigo vengan.

Y sin esperar mi respuesta salió después de haberse embozado hasta los ojos.

Colmillo llamó á grandes voces, y disfrazando la voz pidió lo mejor que para beber tuviese en mi bodega.

Obedecí con gran presteza, y al poner mis jarros sobre la mesa puse á la vez mis manos sobre uno de los hombres del parroquiano, diciéndole:

—Puesto que eres del oficio bebe y te convencerás de que te he traído lo mejor.

Si yo no hubiese estado prevenido para el caso, Colmillo me habría tendido muerto á sus piés, tal fué la ira que le dió el que yo le hubiese conocido.

Pero lo repito, yo estaba prevenido, y aparte de que soy tres veces más fuerte y fornido que él, mis dos brazos estaban pegados á mis hombros, mientras que de los suyos uno era fingido y para el caso inútil é inservible.

Acabó de calmarse cuando, merced á mi reserva, pudo creer que nada sabía yo de cuanto hablado había con Jerónimo Ruiz, y que el haberle yo conocido no dependía de más que de la insuficiencia de su disfraz.

Al fin logré engañarle á tal extremo, que al retirarse hizolo teniéndome como siempre por el mejor de sus amigos.

Lo demás que ha pasado, vos lo sabéis, D. Rodrigo.

Enterado por mí de los planes de este bandido, de acuerdo con vos le arranqué el secreto del lugar en que escondida tiene á la infeliz secuestrada, y como tratase de oponerse á que yo la salvase diciéndome que con su rescate pensaba hacer su fortuna, y del producto de tan infame crimen me ofreciese la mitad, la indignación me cegó, y por toda respuesta le hundí mi daga en la cerradura misma que le ha abierto las puertas del infierno, del cual yo espero salvarme en premio del servicio que al mundo he hecho librándole de semejante bandido.

Estó diciendo, nuestros dos personajes llegaron al centro mismo del incendio provocado por Bautista, y como es consiguiente, por más que buscaron nada pudieron encontrar.

Perdianse en conjeturas sobre el paradero de la joven cuyos restos no hallaron entre el incendio, cuando á la luz de las llamas Rodrigo Ponce descubrió las manchas de sangre que en la tierra habían ido dejando los piés de la joven al dar los primeros pasos apoyada en su salvador.

—¡Sigamos estas sangrientas huellas!—dijo Rodrigo:—ya podemos decir que esa infeliz está en nuestras manos.